

BIOGRAFIA ESOTERICA DEL CUY

Escribe: VICTOR SANCHEZ MONTENEGRO

— I —

El estudio de la superstición popular es una de las ramificaciones más amplias del folklore místico-religioso, según la clasificación científica de los modernos tratadistas. Si se recogieran las espigas de este campo podrían llenarse innúmeros graneros, como lo han hecho en la Argentina, desde los tiempos de don Daniel Granada, en "Supersticiones del Río de la Plata", Juan B. Ambrossetti, en "Supersticiones y Leyendas", Adán Quiroga, en "Folklore Kaldaki", Ricardo Rojas en "El País de la Selva" donde recolectó la sabiduría popular tucumanesa, sin contar infinidad de estudios de revistas, y el libro "Las Supersticiones" de Rafael Jijena Sánchez.

El filón colombiano en esta materia es de una riqueza desbordante, y en Nariño ha fructificado esta semilla en forma inagotable. Los viejos solares de la tradición se van modificando constantemente hasta perder sus características esenciales y apenas quedan recuerdos de su origen, por lo cual el investigador atropellado deduce consecuencias inconformes con el método científico, pues encuentra fuentes y orígenes autóctonos, cuando no lo son ni podrían serlo fácilmente. El alma popular para encubrir su miedo busca fórmulas sobrenaturales que le expliquen lo que no comprende inmediatamente; procura idealizar la realidad y halla en los hechos comunes el motivo del milagro, de donde nace generalmente la superstición. Se ha dicho que la ciencia busca a Dios, el arte lo encuentra y la religión lo asimila, en tanto que la superstición hace con estos elementos una mezcla incongruente que vive en la raíz del pueblo de donde brotan mitos y consejos, leyendas y tradiciones que la historia ha respetado con beneficio de inventario. La raza española es supersticiosa por esencia constitucional, como lo comprueban los innúmeros libros sobre la materia y las eternas páginas de los mejores literatos de la Edad de Oro. La biblioteca del falsamente llamado marqués de Villena, tuvo fama de ser una mina inagotable de obras de magia, por lo cual, don Juan II ordenó su incineración que cumplió malamente fray Lope de Barrientos, porque como inteligente inquisidor, dejóse para sí la mejor parte. Fernando de Rojas en su inmortal "Celestina" tiene páginas pródigas para recordar las artimañas y brujerías de la Celestina, contadas por Párramo; Manuel de Villegas, en su "A Gratidia Hechicera", trae una lista interminable de los menjures usados para las supercherías de la laya.

El perro Berganza, cuéntale a Cipión, capítulos enteros de las habilidades de la Camacha y de la Cañizares. El mismo Cervantes, en su última obra "Persiles y Segismunda" nos trae una relación completa sobre los maleficios que los brujos de ambos sexos hacían con las prendas de ropa de la víctima, con alfileres, velos, uñas, cabellos, etc., infinidad de fenómenos psicométricos, sin contar los auxiliares de espejos, agua quieta, lágrimas de cera, la clara de los huevos etc. Tan arraigado estaba en España el maleficio y tan abundantes eran las corrientes de la superstición que Alfonso X trata en sus Partidas de esta costumbre mágica y las castiga con sanciones severísimas. Gonzalo de Berceo las trata a espacio en sus "Milagros de Nuestra Señora" y habla de los "prodigios que se consiguen con los pelos de un africano, consejo que José Hernández en "Martín Fierro" lo expresó así: para hacerse querer y pueden probar los que bien lo necesiten:

*Sin que ninguno sospeche;
cortále a un negro tres motas
y hácelas hervir en leche.*

Fray Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro, en su inagotable "Teatro Crítico" se burla de tanta superstición y pretende poner diques al auge de este peligro tanto en España como en América, lo que prueba, como es natural que esta costumbre era propia de la raza y había pasado con los conquistadores y después se acentuó en la Colonia, en donde encontró propicio campo para toda clase de estas creencias, pues bien sabido es que las relaciones etnológicas junto con la raza y la religión unen a los pueblos por disímiles que fuesen. Esas creencias erróneas nacen de la inteligencia, sin intervención de la voluntad teniendo en cuenta que todos los pueblos han rendido su tributo a la superstición.

— II —

Las anteriores palabras son apenas ligerísimo recuento de los autores que han tratado esta materia con algún detenimiento. El tesoro es inagotable y no he querido sino hacer ligerísimo exordio para entrar en materia de un rápido detalle de superstición nariñense con un animalito casero y familiar tan común en este departamento, que hasta hace parte de "la familia campesina". Me refiero al "cuy", cuya carne es el potaje más apetecido y de virtudes casi milagrosas para ciertos cansancios. Pero antes de entrar en materia, es bueno adentrarse oportunamente en algo de lingüística y de gramática, aunque fuese parda o de cualquier otro color. En el norte de la república acostumbran decir a este animalito roedor "curi" y se burlan donosamente de la palabra propia. Voy a demostrar que no hay razón para ello y que se debe reivindicar en honor del animalito su nombre auténtico que lo está pidiendo a grito herido, y precisamente aquí está el primer argumento en su favor: esta voz es onomatopéyica, porque repite casi "textualmente" ese nombre y por todos los rincones de la cocina va avisando que se llama "cuy" y no de otra manera. Si ellos mismos se dicen así, no hay motivo para desfigurarles el nombre con uno tan antipático. Pero lo bueno del caso es que a la letra final, ellos la hacen consonante,

como debe ser y no es vocal, con lo que se viene a la conclusión de que los pobrecitos saben mejor el idioma que muchos gramáticos oscuros o brillantes. De modo que no hay tal curí, ni siquiera cui, sino cuy mondo y lirondo a todo ruedo, como diría Cervantes, de esta pequeña tribu de la gitanería roedora.

En segundo lugar invoco un argumento de consentimiento universal o casi universal, puesto que desde las aguas divisorias del río Mayo hasta la Patagonia, se dice "cuy" y no de otra forma, como lo habré de comprobar. El pueblo no se equivoca y ha sabido traducir el lenguaje de los animales con mayor propiedad que los científicos de pega. En las traducciones de las obras del doctor Encausse o Papus, en las del coronel Rochas, en las de Estanislao de Guaita y del abate Bouillan, los españoles emplean la palabra propia que aparece a cada rato, porque habrán de saber que el "cuy" es figura principal en los ensalmos, encantamientos, brujerías, supersticiones y demás procedimientos mágicos y herméticos.

El citado libro "Supersticiones del Río de la Plata" de Daniel Granada, en las páginas 499 hasta 504, del capítulo XXXII habla detalladamente de las operaciones de brujería hechas con las vísceras del cuy, y de paso se burla de la región del norte colombiano que deforma la palabra, porque dice que "Cuy es conforme a la índole castellana, por ser imitativa del modo de gritar tales animales. Se propagan con mucha profusión. Los blancos y los negros son los preferidos para las hechicerías". Granada se extiende en explicaciones de la historia lingüística y añade además que la palabra "curí" se empleó malamente por deformación de "curi" o cori que pertenece a un animal casero, parecido al otro, pero completamente distinto en sus condiciones morfológicas. Y en realidad: en la "Historia General y Natural de las Indias" del capitán Gonzalo Fernández de Oviedo, primer cronista del Nuevo Mundo, publicada por don José Amador de los Ríos se lee lo siguiente: "CORI: animal de cuatro pies (no medida) e pequeño. Parecen estos coris especies de conejos e cuyes, aunque el hocico lo tienen a manera de ratón mas no tan agudo... No tienen cola alguna... Son mudos animales e no enojosos e muy domésticos e ándase por casa e tiénenla limpia e no chillan ni dan ruido, ni roen para hacer daño. Pascen hierba e con un poco que les echen de la que se les da a los caballos, se sostienen...". Como se ve, el cronista se refiere a un animal muy parecido al cuy pero completamente diferente en su anatomía y en sus condiciones, pues el hocico no es largo, y es esencialmente alborotador y roedor. Esta es precisamente su característica. Su nombre técnico es "Cavia Cobaya", conocido desde los tiempos incásicos como ya se vio. El H. I. Daniel dice que "se encuentran aclimatados en todo el mundo y han venido a ser las víctimas obligadas de los Laboratorios de Bacteriología". Por mala traducción francesa se les llama a veces cobayo. Muchos le dicen conejillo de Indias, pero ya se ha visto que ellos mismos se nombran "cuy". Por último, tanto Ondegardo, como Sarmiento y el P. Joseph de Acosta en su "Historia Natural", tratan extensamente de las virtudes de los cuyes y de la habilidad de los médicos indios que abismaban muchas veces a los verdaderos profesionales españoles.

Muchísimas páginas podrían llenarse para recoger las supersticiones y ensalmos que tanto en la colonia como actualmente se hacen con algunas partes del animalito familiar. Granada en su obra de la superstición argentina, cuenta varios casos de hechicerías a base de algunas vísceras del cuy. Relata principalmente el proceso de dos brujas de Lima que fueron condenadas a la hoguera por haber suministrado a sus víctimas el corazón y el “zungo” o sea el hígado del animal, después de haber dado algunos bebedizos en que se mezclara su pelambre hecho ceniza. Las brujas fueron incineradas sin misericordia para escarmiento de las compañeras que no se curaron en salud, como lo comprueba el mismo autor, porque más tarde siguióse con otras el mismo procedimiento. Don Toribio Medina, uno de los más fecundos escritores de América, en su poco difundidas obras sobre las supersticiones chilenas y en la historia de la Inquisición en Cartagena de Indias, trae dos casos de hechicería a base de los indefensos cuyes. El doctor Ramón Pardal, en “Medicina Aborigen Americana” que corresponde al Tomo III de “HUMANIOR, biblioteca del americanista moderno”, dirigida por el sabio Imbelloni, de Buenos Aires, en el capítulo V, que trata de “La medicina de los indios del antiguo Perú, dice textualmente: “Un procedimiento de magia, muy difundido con fines de pronóstico, diagnóstico y terapéutica ha sido referido por varios cronistas con el nombre de “Limpia del Cuy”. Consistía en frotar un cobayo o conejillo de Indias, generalmente de color negro sobre la superficie del cuerpo del enfermo, con tal arte que, por presión disimulada de la mano del oficiante, el conejillo moría al llegar a determinado órgano, llevándose así la enfermedad del paciente. Se abría el animal y se deducía por el órgano que presentaba manchas equimóticas o alteraciones viscerales, el órgano similar del enfermo donde residía la enfermedad. El pronóstico se establecía por la posición o actitud del corazón u otras vísceras o por su aspecto y color. Este procedimiento se usa todavía en algunas regiones, como en el Departamento de Lambayaque y se le designa con el nombre de KUIHUACHU. J. G. Samaneza, en Huancayo, tuvo ocasión de observar en calidad de paciente, esta ceremonia practicada por una curandera, para tratar una afección reumática. El relato de este kuihuachu o “limpia del kuy”, ha sido acompañada por el autor con una lámina a la acuarela, que reproducen en su obra Valdizan y Maldonado”. Y efectivamente encontré en mi biblioteca la curiosísima obra de Hermilio Baldizán quien en compañía de Maldonado publicó “Los factores etiológicos de la alienación mental a través de la historia del Perú”, ed. de 1922. Este interesante estudio está cuajado de historietas de magias médicas, maleficios, suertes y sortilegios, talismanes, conjuros, presagios, anuncios, ilusio-genismos y demás trapacerías y añagazas de la indígena hechicería. El mismo doctor Pardal en su obra citada, en el subcapítulo: “La materia médica naimal”, después de aclarar que este renglón tan rico en cantidad como pobre en valor, dice: “En los dolores reumatoides y en los abdominales se aplican las vísceras calientes del “Urpay” (paloma) y del CUY (cavia-cobaya)”. Papis, en su peligrosa obra “El embrujamiento”, habla de la “buena bruja parisiense” que según las posibilidades de la cliente la recetaba para los beneficios, pues ella jamás hacía el mal, un talismán,

un cirio y ya como segura cosa, el corazón de un toro o mejor, el de “un cobayo”.

El sabio Tschudi, en su obra: “Contribuciones a la historia, civilización y lingüística del Perú antiguo”, inagotable venero folklórico de aquella región incásica, especialmente de Catamarca y sus alrededores, tiene un capítulo sobre el “Tincunakuy” y el “Tincunacusnpa”, o sea el “amamiento”, es decir el matrimonio de ensayo, como se practica aún entre nuestros pueblos del Putumayo, el Caquetá y entre los indios koaikeres de la región nariñense de Ricaurte y Altaquer. La palabra kechua “tinku” significa propiamente confluencia de dos ríos, refundición del uno en otro. Tinkuni vale decir “encontrarse”, “toparse” uno en otro, lo que indica de por sí el profundo alcance genésico del amor experimental. La palabra “kuy” en este caso reúne el alcance de la fecundación, por la característica de este animal que se prodiga “como las estrellas del cielo o como las arenas del mar”. De modo que el Tinkunakuy es la ceremonia de amor y el hecho de la convivencia experimental por varios meses que se prolonga hasta dos años. Esta misma palabra algo deformada en el idioma misterioso de los koaikeres nariñenses, “tinconacoya”, es una reminiscencia histórica y lingüística de la antigua costumbre de la raza que en los comienzos del siglo XV, invadió las regiones de los killacingas y les dio sus costumbres y parte de su idioma.

— IV —

Y para terminar, es indispensable recoger nuestro folklore nariñense en donde aparece la palabra del sabroso animalito que hace las delicias de todos los paseos campestres. Lo que he dicho anteriormente entra de lleno en la definición de esta nueva ciencia, bautizada por William J. Thoms en 1846, y cuyo centenario se celebró en “El Tiempo” y en “El siglo” capitalinos de espléndida manera. Es natural que, de acuerdo con su estructura científica, no es folklórico lo que no presenta antigüedad arqueológica aunque esté latente en el pueblo. Es verdad que se deriva de esta rama, junto con la antropología y la etnología, pero es necesario que su material sea el producto del “pueblo” es decir, del artífice anónimo porque su autor es la colectividad. De allí que, como dice Adolfo Salazar en “Las grandes estructuras de la música”, es folklórico solamente aquello creado y aprendido fuera de una sistematización de conocimientos. Esto en cuanto se refiere a la palabra “lore”, pues lo relacionado con el “folk” tiene más de investigación que no es el caso ahora de dilucidar. La ciencia de la cultura tradicional en el pueblo civilizado, mantiene y elabora a través de etapas de su historia su tesoro folklórico, que es indispensable para estudiar desde sus orígenes hasta su desarrollo social y psicológico. De allí que el folklore nariñense presente vastos campos de estudio por sus condiciones especiales de vida en que se encontró durante tanto tiempo y que por lo mismo lo conservó en su prístina pureza.

En Sapuyes, interesante población de la sabana tuquerreña existen tradiciones de ensalmos y hechicerías curiosísimos que anotaré brevemente, relacionados con la palabra “cuy”, además de otras coplas de índole general. En los bailes populares de la grandiosa y fértil sabana entre los versos del parejo a la pareja se oye decir con frecuencia:

*La niña que está bailando
es sin duda de Sapuyes.
El joven que la acompaña,
parece que pisa cuyes.*

Aquí esta última palabra tiene dos acepciones: la común y que se refiere a la costumbre campesina de que la cocina, sala de recibo, taller, etc., forman una sola pieza y que por lo tanto, los animalitos asustados, muchas veces irrumpen la diversión y se cuelan por las faldas frondosas de las ñapangas y otras damitas de follado, o bien, “los rastreros” o “buscapiés” de origen español, o sean ciertos pequeños elementos de fuego artificial que al prenderlos, corren por el suelo en fantásticos zig-zags, “como buscando” los pies de los concurrentes de plazas o caminos, por donde se emplee esta singular diversión.

El parejo le dice con cierto doble sentido:

*Chinita por qué me juyes
y no te quedás aquí
Yo te mataré los cuyes
sazonados con ají...*

“Matarle a uno los cuyes” significa como es natural, su acepción común, pero en este caso, quitarle el orgullo, dominarla pasionalmente, darle gusto, por lo cual ella responde:

*Tengo ganas de esos cuyes
con unas papas y arroz
pero los zungos que lleguen
no alcanzan para los dos.*

Bien conocidas son las cualidades venústicas de esta famosa víscera que los indígenas suelen reducir a polvo y lo expenden con especial sigilo para darles mayor encantamiento mágico. La copla aquí es pues terriblemente irónica y es un indicio elocuente de su malicia. Y si el galán no sirve para el oficio, bien puede la copla enseñarle:

*A impedimentos de amor,
zungos de cuy sin tardanza
pa que veas que es mejor
lo que tu dicha no alcanza.*

Al occidente de la ciudad de Pasto y a 2 kilómetros de distancia por espléndida calzada, se halla el pueblo de Pandiaco, famoso por sus aguas termales y por sus sitios de diversión. En cada una de sus casas con jardines hay salones de baile popular y se preparan los clásicos “pique-tes”. Francamente no es posible para una persona de mediana imaginación, pasar sin visitar esos idílicos lugares. No faltará algún cantante que al son de su guitarra o requinto, carraspée esta canción:

*El que pase por aquí
y se coma un cuy asado,
que se olvide de su tierra
y ay sos camisión rosado!*

Indica indudablemente el hechizo de la belleza nariñense, pero al mismo tiempo hace alusión a las cualidades amatorias del pequeño animal. El verso final, sirve como de epifonema a infinidad de coplas, para sintetizar el matrimonio seguro, el hechizo de la tierra, el embrujamiento del lugar, el amor con todas sus garras y mordeduras provocado todo por la magia de aquella carne deliciosa. Este cantar irá acompañado inmediatamente de una contestación femenina de típico sabor:

*El que pase por Pandiaco
y unos cuyes no se coma,
no sabe qué es ser... canela
ni cómo un amor se doma.*

Tiene el mismo alcance de la anterior, con la diferencia que no se refiere a tardías consecuencias y que la canela se ha puesto para perfumar el ambiente porque salta al punto otra cochinilla consonancia.

No puedo dejar de mencionar otra copla que se dice y canta en la sierra nariñense, pero que es propia de tierra caliente, por la carretera a Barbacoas, cerca de Pilualés en el pintoresco caserío de Chucunés, cuna del más famoso guarapo del mundo y que tiene el mismo nombre del poblacho:

*Un pilche de chucunés
y un cuy asado en la tulpa,
y naide diga después
que yo hei tenido la culpa.*

Pilche significa "mate" o "totuma", hecha del fruto del calabazo. Es fama de que el rico licor más sabroso que el whisky, del cual hay una marca: "White Horse", tiene cualidades maravillosas para encender el entusiasmo y desatar la lengua alegremente, por lo cual se le ha puesto en contraposición del mencionado elixir extranjero, el nombre de "Caballo Bayo". Si a esto se agrega un cuy "en un asador metido", preparado al fuego en medio de las tres tulpas o piedras del fogón que se destaca en la única pieza de la choza, las consecuencias serán satisfactorias para la reunión y ya se sabe quién tiene la culpa.

En una ocasión se quiso dar a la comida de cuyes cierta distinción social y para ello, algunos elegantes desocupados prepararon lo que las damitas de la aristocracia llaman un "party". El "Party-cuy" se prodigó inmediatamente y aún continúa con el mayor éxito en las haciendas y fincas de las inmediaciones. Pero un ingenio pastense, el popular y simpático "Karamelo" improvisó esta copla que se hizo general:

*Es sin disputa un encarte
asitir a un "party-cuy"
pues sin duda será muy
pequeña del cuy la parte.*

De tal modo caló la copla, que cada vez que se invita al poeta, no hay remedio que "caramelarlo" con un cuy entero...

Con esta palabra se han aglutinado otras para darles un sintético significado, como el sachacuy y el cuyanguillo, entre otras. El primero corresponde al cuy del monte o silvestre, registrado técnicamente como "cavia anolaimae", y que es probable que sea producto del cuy y del conejo, porque participa su anatomía de ambos roedores, con la diferencia de que es del tamaño del conejo, con las orejas pequeñas y de carne mejor que la de este último. Hay sachacuyes que pesan cerca de media arroba y con esto se dice bastante. El cuyanguillo es una planta pequeña o hierba común de extarordinaria fecundidad como el cuy, con ramas parecidas a los nervios del roedor familiar. Las ramas principales se parecen a los muslo del cuy, de donde le viene su nombre, pues "ango", en quechua, significa muslo, duro, nervio. El diminutivo es españolizado, como es común en estos idiomas aglutinantes. La planta es tan fértil que a veces es un inconveniente para las sementeras y solo tiene hoy importancia para los filtros de amor, lo que indica también el nombre que se le ha dado, por las cualidades del animal que ya se han dicho. La magia popular se ha sintetizado en esta copla:

*Si el cuyanguillo se toma
con pico de paletón,
teniendo buena intención,
todo corazón se doma.*

En otras ocasiones he hablado de las cualidades del Paletón, conocido también con los nombres de "diostedé" y "yátaro", perteneciente a la clase de los "Rabaphastos pteroglossus". Con que ya se sabe: si alguna romántica y clorótica novia desdeñada, quiere tornar a la vida de su ensueño, no tiene más que raspar el pico de paletón en noche de luna llena, hacer con él una infusión de cuyanguillo y tomar la pócima con santa y sana intención matrimonial y, asunto concluido.

Es casi imposible recoger todo el folklore del CUY en un artículo y por ello hay que pasar por alto infinidad de detalles tanto históricos, como de otras ramas de la ciencia. Baste decir que el uso de su carne está difundida en todo el sur del continente americano, con excepción de buena parte de Colombia en donde le dicen injustamente "curí". A los anteriores documentos podría agregar con sus leyendas, lo pertinente de Garcilaso de la Vega en sus "Comentarios Reales", a Nicanor Iturralde, en su obra "Clasificación de medicamentos usados en la farmacopea Callahuaya, con lo cual se prueba que el cuy es tan común en Bolivia como el lago Titicaca, lo mismo que la obra del boliviano R. Paredes, en "Mitos, sugerencias y leyendas populares de Bolivia; Gijón y Caamaño en diferentes obras sobre el Ecuador, y muchos otros que tratan del cuy, sus

cualidades, leyendas y hechicerías. Precisamente, en la vecina república es en donde está más difundida la costumbre de su comida y allí se han conservado las costumbres de que habla Pardal, sobre la "Limpia", con el fin de curaciones y en veces para infinidad de maleficios. No se debe olvidar porque es una verdad de a puño, que el pueblo receta una copiosa comida de cuyes, para probar si una persona ha sido curada definitivamente del paludismo; pues si aún quedan rastros, su carne le dará seguramente un "sacudimiento de fríos", con lo cual se comprueba la persistencia de la enfermedad.

He aquí rápidamente la biografía esotérica del cuy, conocido así desde México a la Patagonia. Dentro de la familia innumerable de los roedores, es este animal el que mejores servicios ha prestado a la humanidad, por sus cualidades genésicas. Hace mucho que se le tiene como "conejo de experimentación" de donde viene para la generalidad de las gentes, la creencia de que ellos podrían ser infectados y, por lo mismo, esta sola posibilidad hace que se les tenga repugnancia. Por sus condiciones es superior a los conejos, liebres, jutías, agutíes, chichillas, castores, guatías, borugos, chigüiros, ardillas, ratas, ratones, etc., que forman la extensa escala roedoril. Está bien que se ataque a las ratas, con lo cual ya habrá para rato, y con mayor razón a los ratones, en los laboratorios bacteriológicos. En esta forma se perdonará para los experimentos la vida al cuy y se reivindicará el servicio que ellos prestan a todo mundo. Y al acrecentar la especie... de los "Cavia Cobaya", en forma indirecta se habrá combatido también cierta teoría malévola y Maltus saldrá perdiendo en el juego, con todos sus amigos.